

El poder oculto: Control, polarización y deshumanización en la política contemporánea

Hidden power: Control, polarization and dehumanization in contemporary politics

Alfonso Vázquez-Atochero

Cómo citar este artículo:

Vazquez-Atochero, Alfonso (2024). "El poder oculto: Control, polarización y deshumanización en la política contemporánea [Hidden power: Control, polarization and dehumanization in contemporary politics]". *Infonomy*, 2(6) e24062.
<https://doi.org/10.3145/infonomy.24.062>



Alfonso Vázquez-Atochero

<https://orcid.org/0000-0002-1657-8275>

<https://directorioexit.info/ficha6958>

<https://www.alfonsovazquez.com>

Universidad de Extremadura

Facultad de Educación y Psicología

Departamento de Ciencias de la Educación

Campus Universitario - Avda. de Elvas, s/n

06006 Badajoz, España

alfonso@unex.es

Resumen

La sociedad contemporánea parece estar inmersa en una espiral de polarización y crispación que dificulta el entendimiento colectivo y erosiona los fundamentos del diálogo democrático. En un entorno cada vez más fragmentado, los debates públicos se transforman en enfrentamientos ideológicos donde prevalecen los extremos y se desdibujan los matices. Este fenómeno no es casual, sino el resultado de complejos mecanismos de poder que moldean nuestras percepciones y actitudes, alimentados por estrategias de manipulación mediática, discursos reduccionistas y una exacerbada mercantilización de los conflictos sociales. En este ensayo se exploran las dinámicas que sostienen y amplifican estas tensiones, analizando cómo el control de masas, a través de medios de comunicación y narrativas políticas, actúa como lubricante de las estructuras de poder. Partimos del impacto que estas dinámicas tienen en la deshumanización del individuo, reducido a una pieza más en el engranaje de un sistema que prioriza el beneficio de unos pocos sobre el bienestar común. También examinamos el reduccionismo ideológico como herramienta para dividir y manipular a las sociedades, fomentando un entorno

propicio para el odio y la confrontación. Se abordan igualmente fenómenos como el papel de los titulares tendenciosos en la construcción de percepciones polarizadas, el circo político que normaliza la hostilidad entre sectores opuestos y la mercantilización del conflicto, donde la división social se convierte en un lucrativo espectáculo. En contraste con esta dinámica, también reflexionamos sobre el papel de la indiferencia ciudadana como cómplice involuntario de estas estructuras. Finalmente, proponemos un análisis de posibles salidas, enfrentando la disyuntiva entre el continuismo histórico y la esperanza en un cambio de paradigma que permita construir una sociedad más justa y cohesionada. Con este recorrido, reflexionaremos sobre los retos actuales y las posibilidades de transformación en un mundo marcado por la polarización y el conflicto.

Palabras clave

Polarización; Crispación social; Deshumanización; Reduccionismo ideológico; Control de masas; Mercantilización del conflicto; Citizen participation; Política; Medios.

Abstract

Contemporary society is increasingly trapped in a spiral of polarization and social unrest, which undermines constructive dialogue and fosters division. Public debates are often reduced to ideological confrontations, where nuanced perspectives are lost in favor of extreme positions. This polarization is not accidental but rather the result of deliberate mechanisms of power that manipulate perceptions and reinforce existing structures through media strategies, political narratives, and the commodification of social conflicts. This essay examines the dynamics driving these tensions, beginning with the role of mass control as a tool for maintaining power. It explores how these mechanisms contribute to the dehumanization of individuals, transforming them into mere cogs in a system designed to sustain the dominance of a privileged few. It further analyzes ideological reductionism as a method of dividing societies, fostering an environment ripe for hatred and confrontation. Additionally, the essay delves into the impact of biased headlines in shaping polarized opinions, the political circus that normalizes hostility, and the commodification of social conflict, where division becomes a profitable spectacle. The role of social indifference is also scrutinized as an unintentional ally in perpetuating these dynamics. In contrast to this bleak landscape, the essay concludes by exploring potential solutions. It considers the historical tendency toward continuity and obedience to leadership while presenting pathways for change, such as critical education, citizen participation, and innovative political organization. The possibility of breaking the vicious cycle of polarization is presented as a challenge that requires collective effort and a reimagining of societal values. By addressing these themes, the essay invites readers to reflect on the current challenges and opportunities for transformation in a world increasingly shaped by division and conflict.

Keywords

Polarization; Social unrest; Dehumanization; Ideological reductionism; Mass control; Commodification of conflict; Citizen participation; Politics; Media.

1. El control de masas, lubricante de las estructuras de poder

El control de masas se erige como una herramienta esencial para garantizar la estabilidad y perpetuación de las estructuras de poder. Desde las reflexiones clásicas de Platón y Aristóteles hasta los estudios modernos de la psicología social, se ha enfatizado cómo las dinámicas colectivas moldean el comportamiento individual, reduciendo la diversidad a un conjunto homogéneo y predecible. **Gustave Le-Bon**, en su influyente obra *Psicología de las masas* (1895), describió con precisión este fenómeno al afirmar que en el seno de las multitudes, el individuo pierde su singularidad y queda subsumido en un ente colectivo donde predomina la emoción sobre la razón. Para **Le-Bon**, este proceso no solo anula las virtudes personales, sino que simplifica la toma de decisiones por parte de quienes ostentan el poder: manipular a un grupo homogéneo resulta más eficiente que lidiar con individuos autónomos.

En este contexto, el control de masas no es únicamente una cuestión de orden social, sino un mecanismo diseñado para consolidar hegemonías. Los sistemas de poder, desde regímenes autoritarios hasta democracias representativas, han encontrado en las técnicas de manipulación colectiva un vehículo para legitimar sus acciones. La propaganda, el uso del miedo y la apelación a emociones básicas —como el patriotismo o el odio hacia un enemigo común— son estrategias recurrentes. **Hannah Arendt**, en *Los orígenes del totalitarismo* (1951), advierte cómo los regímenes totalitarios explotan esta dinámica para suprimir el pensamiento crítico y fomentar la lealtad incondicional. Sin embargo, incluso en sociedades democráticas, la manipulación masiva se presenta de forma más sutil, a través de narrativas cuidadosamente construidas en los medios de comunicación y discursos políticos.

El "Nosotros" que emerge del control de masas se convierte en un escudo para las estructuras de poder, pues diluye las responsabilidades individuales y justifica las decisiones colectivas. La psicología de las masas explica cómo estas dinámicas pueden derivar en comportamientos irracionales, desde el fervor nacionalista hasta los linchamientos mediáticos. El individuo, en su afán por pertenecer, cede su autonomía al grupo, generando un terreno fértil para la explotación política. Por ello, el control de masas no solo lubrica las estructuras de poder, sino que las refuerza, haciéndolas menos vulnerables a cuestionamientos y disidencias.

En el seno de las multitudes, el individuo pierde su singularidad y queda subsumido en un ente colectivo donde predomina la emoción sobre la razón. Este proceso no solo anula las virtudes personales, sino que simplifica la toma de decisiones por parte de quienes ostentan el poder: manipular a un grupo homogéneo resulta más eficiente que lidiar con individuos autónomos



Ilustración 1. I Want You for U.S. Army poster (1917). *Library of Congress Prints and Photographs Division* de los Estados Unidos. Código digital ppmsca.50554 <https://loc.gov/pictures/resource/ppmsca.50554>

2. Deshumanización del individuo en el entramado de poder

En el entramado de poder, el individuo no solo es sometido al control de masas, sino que su humanidad misma es erosionada y transformada en una función utilitaria al servicio de un sistema más amplio. Esta deshumanización no ocurre de manera explícita, sino a través de mecanismos sutiles que fragmentan la identidad y reducen al sujeto a una categoría funcional. **Michel Foucault**, en *Vigilar y castigar* (1975), aborda cómo las instituciones modernas — como prisiones, escuelas o fábricas— no solo organizan a los cuerpos, sino que también moldean las mentes, convirtiendo a los individuos en engranajes disciplinados dentro de una maquinaria social. Esta transformación implica una pérdida progresiva de la agencia, ya que las estructuras imponen roles definidos que priorizan la eficiencia y el control por encima de la singularidad personal.

Las instituciones modernas — como prisiones, escuelas o fábricas— no solo organizan a los cuerpos, sino que también moldean las mentes, convirtiendo a los individuos en engranajes disciplinados dentro de una maquinaria social. Esta transformación implica una pérdida progresiva de la agencia, ya que las estructuras imponen roles definidos que priorizan la eficiencia y el control por encima de la singularidad personal

La deshumanización opera bajo la lógica de la estandarización. En la búsqueda de estabilidad y orden, las estructuras de poder minimizan las diferencias individuales y privilegian la obediencia frente a la creatividad o el pensamiento crítico. El filósofo **Byung-Chul Han**, en *La sociedad del cansancio* (2010), señala que el individuo contemporáneo ha dejado de ser un sujeto autónomo para convertirse en un "empresario de sí mismo", atrapado en un sistema que lo aliena mediante la autoexplotación. Esta paradoja refuerza el poder, ya que el individuo, aunque aparentemente li-

bre, se autoimpone las mismas reglas que benefician al sistema, perdiendo así su capacidad de resistir o transformar su realidad.



Ilustración 2. Individualismo en la sociedad de consumo. Gente anónima deambulando en Times Square (Pixabay, Lenzatic)
<https://pixabay.com/es/photos/nueva-york-times-square-america-5276112>

El impacto psicológico de esta deshumanización es profundo. Al ser reducido a una categoría –consumidor, votante, trabajador– el individuo se enfrenta a una pérdida de propósito existencial que lo desconecta de su sentido de pertenencia auténtico. La alienación, tal como la describió **Karl Marx** en *Manuscritos económico-filosóficos* (1844), no solo afecta al trabajador en su relación con el producto de su labor, sino al ser humano en su capacidad de reconocerse como un ente pleno y autónomo. En esta alienación, las emociones y aspiraciones personales son sustituidas por las prioridades del sistema, generando una sensación de vacío que, paradójicamente, contribuye a la perpetuación del entramado de poder: un individuo deshumanizado no cuestiona, no se rebela, simplemente actúa como se espera de él.

La deshumanización no es, por tanto, un efecto colateral del poder, sino una de sus herramientas más eficaces. Al despojar al

La deshumanización no es un efecto colateral del poder, sino una de sus herramientas más eficaces. Al despojar al individuo de su capacidad de agencia, el sistema asegura su dominio, transformando a las personas en meros recursos explotables

individuo de su capacidad de agencia, el sistema asegura su dominio, transformando a las personas en meros recursos explotables. La recuperación de la humanidad, entendida como la reivindicación de la singularidad y la autonomía, se presenta entonces como un acto de resistencia frente a un poder que busca anular lo que nos hace auténticamente humanos.

3. Papel de los medios de comunicación como catalizadores y amplificadores

Los medios de comunicación han asumido un papel central como catalizadores y amplificadores en las dinámicas de control social, moldeando percepciones colectivas y reforzando las estructuras de poder. En el marco teórico de **Michel Foucault** (2003), los medios no son meros transmisores de información, sino dispositivos de control que perpetúan nuevas formas de disciplina y supervisión. A través de ellos, se legitiman discursos hegemónicos que fortalecen las dinámicas de poder, transformando al individuo en un receptor pasivo de mensajes prefabricados. En esta lógica, los medios funcionan como instrumentos para construir narrativas homogéneas, convirtiendo al "rebaño" en una masa dócil y moldeable.

Por otro lado, el concepto de anomia desarrollado por **Émile Durkheim** (2017) se hace especialmente relevante para comprender el impacto de los medios en el tejido social contemporáneo. La alienación que resulta de no sentirse parte de una comunidad adquiere un nuevo matiz cuando los medios, en lugar de tender puentes para la cohesión social, exacerban la fragmentación al priorizar mensajes sensacionalistas y polarizadores. La ruptura del orden social que **Durkheim** asociaba a cambios en la división del trabajo encuentra en los medios una plataforma que amplifica esas tensiones, generando un ecosistema donde la desconexión y el aislamiento se profundizan.

La prensa, y más recientemente los medios digitales, operan como mecanismos que no solo informan, sino que estructuran la realidad misma. Seleccionan qué temas son relevantes, deciden qué voces son amplificadas y qué silencios son impuestos. Este proceso, que el teórico **Noam Chomsky** denominó "manufactura del consentimiento" en su obra homónima (1988), asegura que las masas acepten sin cuestionar las narrativas que convienen a las élites. En este sentido, los medios no solo actúan como intermediarios entre el poder y la sociedad, sino como arquitectos de una realidad que fortalece las divisiones y refuerza las dinámicas de control.

Los medios de comunicación han asumido un papel central como catalizadores y amplificadores en las dinámicas de control social, moldeando percepciones colectivas y reforzando las estructuras de poder

El impacto psicológico y social de este rol mediático es doble. Por un lado, los individuos, bombardeados por mensajes contradictorios y simplificados, experimentan un estado de desconcierto que alimenta la anomia descrita por Durkheim. Por otro lado, la constante exposición a narrativas de miedo, odio o euforia colectiva alimenta emociones extremas que desactivan el pensamiento crítico, generando una ciudadanía más reactiva que reflexiva. Así, los medios se convierten en un amplificador

de las dinámicas de control social, legitimando el poder al tiempo que profundizan la fragmentación del tejido comunitario.

En este escenario, los medios no solo son una herramienta de poder, sino un espacio donde se juega la batalla por la cohesión o disolución social. La prensa puede ser un canal para construir comunidades, pero cuando actúa como catalizador de anomia y desinformación, refuerza el aislamiento del individuo y perpetúa su deshumanización.

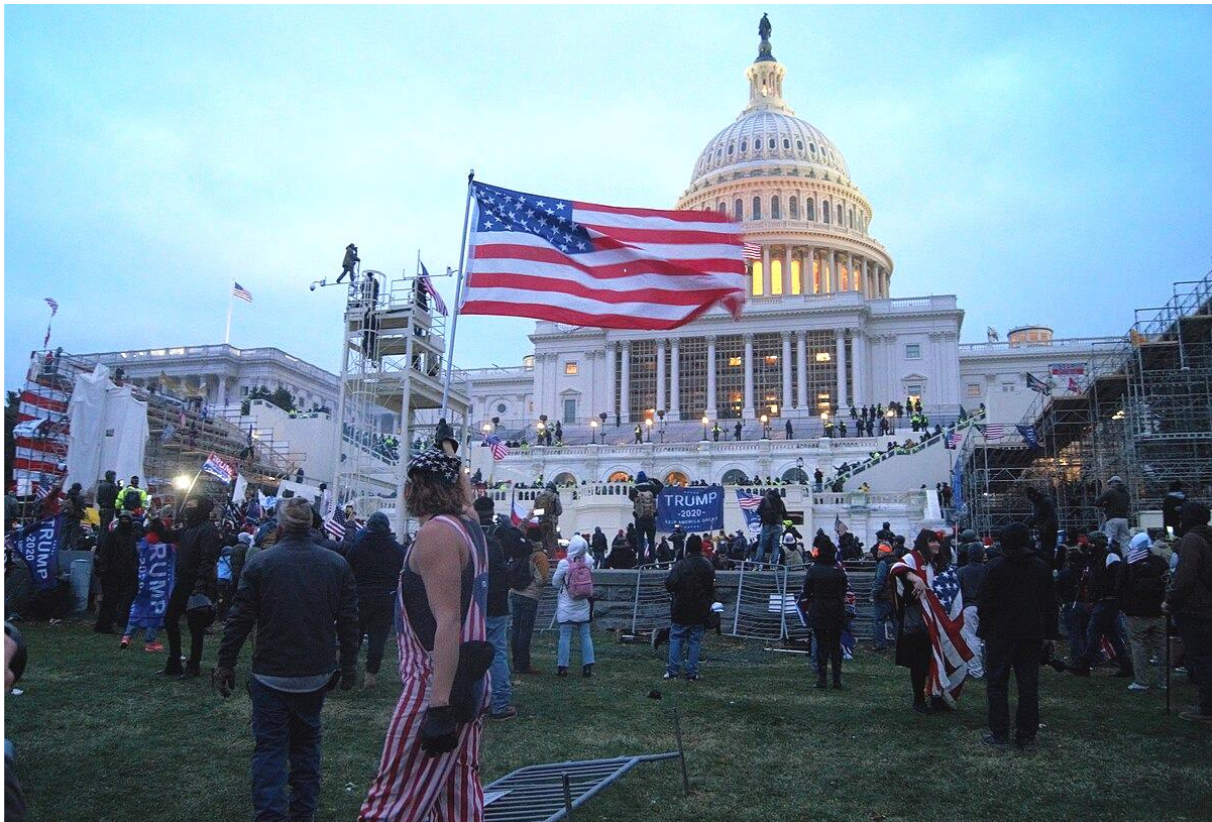


Ilustración 3. Asalto al Capitolio (enero de 2021).

https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:2021_storming_of_the_United_States_Capitol_09.jpg

4. Reduccionismo ideológico

El reduccionismo ideológico constituye una de las estrategias más efectivas para simplificar las complejidades de la realidad y garantizar el control de las masas. Como ya anticipó Julio César con su célebre máxima *Divide et impera*, la fragmentación de la sociedad en bandos opuestos no solo debilita su capacidad de resistencia, sino que también facilita su manipulación. En la actualidad, esta estrategia ha encontrado un campo fértil en la comunicación política, donde las narrativas se construyen a partir de dicotomías rígidas que eliminan los matices y fuerzan a las personas a adoptar posturas inquebrantables. Ser parte de un bando significa, en muchos casos, aceptar una visión monolítica de los problemas sin cuestionar sus fundamentos ni las posibles contradicciones internas.

En este contexto, el reduccionismo ideológico se convierte en una herramienta de fidelización política. La pertenencia a un grupo exige la adhesión absoluta a un conjunto de dogmas que, aunque puedan ser discutibles, se presentan como verdades irrefutables. Esto se observa en debates contemporáneos de alto voltaje emocional, como el conflicto entre Israel y Palestina, donde las narrativas tienden a borrar las complejidades históricas, políticas y humanas para imponer una única versión legítima. Lo mismo ocurre en discusiones polarizadas sobre temas como el cambio climático, el feminismo o la tauromaquia: el individuo debe elegir entre el "sí" o el "no", el "bueno" o el "malo", sin espacio para el diálogo o la reflexión crítica.

El reduccionismo ideológico fomenta un pensamiento dogmático que inhibe la capacidad de cuestionar no solo a los adversarios, sino también las inconsistencias dentro del propio grupo. De esta manera, el debate público se transforma en un campo de batalla simbólico donde lo importante no es resolver los problemas, sino afianzar las lealtades y derrotar al enemigo ideológico

El filósofo **George Lakoff**, en *No pienses en un elefante* (2004), subraya cómo las metáforas y los marcos conceptuales que utilizamos para interpretar la realidad están diseñados para reforzar determinadas ideologías. Estos marcos, cuidadosamente contruidos por líderes y medios, configuran no solo cómo entendemos los problemas, sino también cómo reaccionamos emocionalmente ante ellos. Así, el lenguaje se convierte en un arma poderosa para reforzar el reduccionismo ideológico: términos cargados emocionalmente, como "provida" o "antitaurino", encapsulan posturas complejas en etiquetas fáciles de digerir, pero difíciles de cuestionar.

El principal peligro de esta dinámica radica en su capacidad para perpetuar la polarización social. Cuando las personas se ven obligadas a elegir entre extremos, se debilita la posibilidad de construir consensos o encontrar puntos intermedios. Además, el reduccionismo ideológico fomenta un pensamiento dogmático que inhibe la capacidad de cuestionar no solo a los adversarios, sino también las inconsistencias dentro del propio grupo. De esta manera, el debate público se transforma en un campo de batalla simbólico donde lo importante no es resolver los problemas, sino afianzar las lealtades y derrotar al enemigo ideológico.

En última instancia, el reduccionismo ideológico es una forma de control que desactiva la capacidad crítica de las masas al ofrecer respuestas simples a preguntas complejas. En una sociedad dividida en bandos irreconciliables, el poder encuentra su mejor aliado: un escenario en el que los ciudadanos, distraídos en luchas internas, dejan de cuestionar las estructuras que los gobiernan.

5. Titulares tendenciosos, moldeando opiniones

Los titulares tendenciosos representan una de las herramientas más eficaces de manipulación mediática, pues encapsulan narrativas completas en pocas palabras, generando un impacto inmediato en la percepción pública. Esta práctica no es inocente ni aleatoria; responde a intereses concretos que buscan consolidar dog-

mas ideológicos y mantener una audiencia fiel a determinadas posturas. En este sentido, la prensa actúa como un brazo ejecutor de los discursos políticos, estableciendo una relación simbiótica con los partidos y movimientos ideológicos. Los medios, al moldear la opinión pública mediante titulares cargados de sesgo, no solo informan, sino que también configuran una realidad paralela en la que cada bando encuentra argumentos para reforzar su visión del mundo.

La alianza entre los grupos mediáticos y las fuerzas políticas se manifiesta en la selección deliberada de los temas a destacar y en el lenguaje empleado para presentar los hechos. Por ejemplo, términos como "ilegal" o "refugiado" pueden moldear de manera drástica la percepción de una misma realidad, según la intención del medio. Este fenómeno, que el lingüista **George Lakoff** (2004) describe como "framing" o encuadre, permite a los titulares guiar a las audiencias hacia interpretaciones predeterminadas, incluso antes de que se profundice en el contenido. Así, la prensa no se limita a narrar hechos, sino que construye significados ideológicos que refuerzan las divisiones sociales.

El "framing" o encuadre, permite a los titulares guiar a las audiencias hacia interpretaciones predeterminadas, incluso antes de que se profundice en el contenido. Así, la prensa no se limita a narrar hechos, sino que construye significados ideológicos que refuerzan las divisiones sociales

El objetivo último de esta dinámica es generar crispación, un estado emocional que beneficia tanto a los medios como a los partidos políticos. Por un lado, el sensacionalismo de los titulares tiende a polarizar a la audiencia, atrayendo a los sectores más radicalizados y asegurando su fidelidad a ciertos programas o periódicos. Por otro lado, esta crispación alimenta las narrativas de los partidos, que encuentran en el descontento y el enfrentamiento un terreno fértil para movilizar a sus bases. Esta retroalimentación perversa convierte a la prensa en una fábrica de indignación, donde el objetivo no es esclarecer los hechos, sino manipular emociones para mantener el statu quo ideológico.

La propagación de titulares tendenciosos tiene consecuencias profundas para el tejido social. La polarización exacerbada por los medios dificulta la construcción de un espacio público donde se puedan debatir ideas de manera constructiva. Además, fomenta un consumo pasivo de información en el que las audiencias aceptan sin cuestionar las premisas implícitas en los titulares, contribuyendo así a la consolidación de dogmas y prejuicios. En última instancia, esta estrategia mediática no solo moldea opiniones, sino que también socava la capacidad de las sociedades para enfrentar problemas complejos con espíritu crítico y soluciones inclusivas.

6. El circo político, caldo de cultivo perfecto para el odio social

El circo político contemporáneo ha degenerado en un espectáculo donde el enfrentamiento y la descalificación se han convertido en las principales herramientas discursivas. Más allá de las "verdades enlatadas" que simplifican las problemáticas sociales, económicas o ideológicas, el tono de los discursos y las actitudes de los líde-

res políticos alimentan un clima de polarización y resentimiento social. Lejos de buscar consensos o proponer soluciones reales, muchos políticos optan por estrategias de ataque personal y teatralidad que no solo desvirtúan el debate público, sino que también fomentan el odio entre los ciudadanos que simpatizan con un bando u otro.

El *Parlamento*, el *Senado* o los foros oficiales, que deberían ser espacios para la deliberación constructiva, se han convertido en escenarios donde predominan los insultos velados, las interrupciones constantes y los gestos histriónicos. Esta dinámica no solo degrada la calidad del debate político, sino que también legitima actitudes intolerantes entre las bases partidarias. Al ver a sus líderes confrontarse de manera irrespetuosa, los seguidores replican ese comportamiento en sus entornos sociales, extendiendo la crispación más allá de los límites institucionales. El fenómeno se amplifica en espacios oficiosos como las redes sociales o los debates televisivos, donde la inmediatez y la búsqueda de notoriedad convierten cualquier intercambio en una batalla campal mediática.

Al ver a sus líderes confrontarse de manera irrespetuosa, los seguidores replican ese comportamiento en sus entornos sociales, extendiendo la crispación más allá de los límites institucionales. El fenómeno se amplifica en espacios oficiosos como las redes sociales o los debates televisivos, donde la inmediatez y la búsqueda de notoriedad convierten cualquier intercambio en una batalla campal mediática

La construcción de enemistades irreconciliables es una táctica deliberada que refuerza el tribalismo político. Al descalificar constantemente al adversario, los líderes no solo aseguran la lealtad incondicional de sus seguidores, sino que también canalizan su frustración hacia un enemigo externo. La politóloga **Chantal Mouffe** (2005), en su teoría del "antagonismo político", destaca cómo el conflicto es inherente a la democracia, pero advierte que cuando este se desborda y pierde los límites del respeto mutuo, la sociedad corre el riesgo de fracturarse en facciones irreconciliables. Este antagonismo exacerbado, en lugar de enriquecer el debate democrático, lo reduce a un enfrentamiento de posturas irreductibles que bloquea cualquier posibilidad de diálogo o progreso.

El circo político no solo polariza, sino que también trivializa los problemas sociales. Al centrarse en la espectacularidad del enfrentamiento, los líderes desvían la atención de las cuestiones estructurales que afectan a la ciudadanía. Este teatro de la confrontación genera una falsa percepción de actividad política, donde los intercambios agresivos sustituyen a las propuestas de soluciones efectivas. Mientras tanto, los problemas reales, como las desigualdades económicas o la crisis ambiental, quedan relegados a un segundo plano, eclipsados por la vorágine de polémicas superficiales.

En definitiva, el circo político no es un accidente ni una consecuencia inevitable, sino una estrategia deliberada para consolidar el poder mediante la división social. Al incitar al odio y perpetuar la confrontación, los líderes convierten a los ciudadanos en

espectadores pasivos de un espectáculo degradante, que refuerza el resentimiento y debilita los lazos comunitarios. La superación de este modelo pasa por exigir un cambio en la calidad del discurso político y una mayor responsabilidad de los actores que lo protagonizan.

7. Mercantilización del conflicto político

La mercantilización del conflicto político constituye una de las dinámicas más perversas de las democracias contemporáneas. En un entorno donde los debates dejan de ser un espacio para la deliberación y se transforman en un espectáculo, el conflicto político se convierte en un producto comercializable que beneficia a una serie de actores: desde partidos políticos hasta corporaciones mediáticas y plataformas digitales. Este proceso no solo alimenta el *circo político*, ya discutido, sino que lo perpetúa como una industria rentable que capitaliza las divisiones sociales y el descontento colectivo.

El circo político no es un accidente ni una consecuencia inevitable, sino una estrategia deliberada para consolidar el poder mediante la división social. Al incitar al odio y perpetuar la confrontación, los líderes convierten a los ciudadanos en espectadores pasivos de un espectáculo degradante, que refuerza el resentimiento y debilita los lazos comunitarios

Los conflictos políticos se presentan hoy en día como narrativas dramatizadas, diseñadas para captar la atención de las audiencias. Los medios de comunicación, conscientes del poder de lo sensacionalista, amplifican estas tensiones a través de titulares alarmistas, coberturas polarizantes y debates incendiarios que maximizan el alcance y la rentabilidad de sus contenidos. El politólogo **John Street** (2012) señalaba que la política contemporánea se entrelaza con la lógica del entretenimiento, donde lo que importa no es la sustancia del mensaje, sino su capacidad para generar audiencia y *engagement*. En este escenario, las plataformas digitales juegan un papel crucial al monetizar el conflicto mediante algoritmos que privilegian el contenido más divisivo, ya que este garantiza mayor interacción.

Por su parte, los partidos políticos no son ajenos a esta lógica de mercado. Lejos de buscar resolver las tensiones, muchos líderes las instrumentalizan como una herramienta para movilizar a sus bases, fidelizar seguidores y captar recursos. En un contexto de campañas permanentes, los políticos convierten cada tema controvertido en una oportunidad para consolidar su imagen y desacreditar al adversario, incluso si esto implica exacerbar conflictos que podrían resolverse mediante el diálogo. Este enfoque responde a lo que Chantal Mouffe describe como “la política de antagonismo”, donde el enfrentamiento constante se prioriza sobre la cooperación y los consensos.

La mercantilización del conflicto político no solo afecta a las dinámicas institucionales, sino que también tiene un impacto profundo en la sociedad. Al transformar los debates en espectáculos lucrativos, se desvirtúa el sentido original del conflicto como motor de cambio social. En lugar de ser una herramienta para identificar y resolver problemas colectivos, el conflicto se convierte en un fin en sí mismo, perpetuado

por quienes obtienen beneficios económicos o simbólicos de su existencia. Mientras tanto, las verdaderas demandas ciudadanas quedan relegadas, eclipsadas por la vorágine mediática y el ruido de los enfrentamientos artificiales.

Esta comercialización también genera un círculo vicioso: cuanto más polarizada está la sociedad, mayor es la rentabilidad del conflicto, lo que incentiva a los actores involucrados a intensificar las divisiones. En última instancia, esto erosiona la calidad de la democracia, ya que las instituciones, los medios y los partidos se vuelven cómplices de una lógica que prioriza el lucro sobre el bienestar colectivo. Romper este ciclo requiere no solo un cambio en la ética de quienes participan en el juego político, sino también una ciudadanía más consciente y crítica, capaz de cuestionar las dinámicas que convierten el conflicto en una mercancía.

La comercialización del conflicto político genera un círculo vicioso: cuanto más polarizada está la sociedad, mayor es la rentabilidad del conflicto, lo que incentiva a los actores involucrados a intensificar las divisiones. Esto erosiona la calidad de la democracia, ya que las instituciones, los medios y los partidos se vuelven cómplices de una lógica que prioriza el lucro sobre el bienestar colectivo

8. La indiferencia como aliada del sistema

La indiferencia social se erige como una aliada silenciosa pero poderosa de las estructuras de poder. En un sistema donde las dinámicas de polarización, mercantilización del conflicto y control de masas se combinan para mantener el statu quo, la apatía de amplios sectores de la población se convierte en un mecanismo que facilita la perpetuación de dichas dinámicas. Más que un simple desinterés, esta indiferencia es el resultado de factores complejos que incluyen el agotamiento emocional, la desconfianza hacia las instituciones y la percepción de impotencia frente a los problemas estructurales.

Una de las razones fundamentales de esta apatía es el *learned helplessness* (inde-fensión aprendida), un concepto desarrollado por el psicólogo **Martin Seligman** (1975), que describe cómo, ante la repetida exposición a situaciones percibidas como inmodificables, los individuos tienden a resignarse y abandonar cualquier esfuerzo por cambiarlas. En el contexto político y social, la sensación de que "nada cambia" o que las decisiones relevantes están fuera del alcance del ciudadano común genera un retraimiento de la esfera pública. Este fenómeno, a su vez, refuerza las dinámicas de poder, pues una ciudadanía desmovilizada no supone una amenaza real para las élites que controlan el sistema.

Además, el bombardeo constante de información polarizada y conflictiva tiene un efecto paralizante. Como argumenta **Byung-Chul Han** en *La sociedad del cansancio* (2010), vivimos en una época marcada por una sobrecarga de estímulos y exigencias, lo que produce un agotamiento generalizado que dificulta la capacidad de los individuos para involucrarse activamente en cuestiones políticas y sociales. La indi-

ferencia, en este sentido, no es solo un acto de pasividad, sino también una forma de autodefensa frente a un entorno que se percibe como hostil y desgastante.

Por otro lado, el conformismo juega un papel crucial en la consolidación de la apatía. La presión social para ajustarse a las normas y evitar el conflicto personal lleva a muchos a aceptar las condiciones existentes sin cuestionarlas. Esta dinámica se ve reforzada por los medios de comunicación y las narrativas hegemónicas, que normalizan las desigualdades y desvían la atención hacia temas triviales o polémicas superficiales. En lugar de cuestionar las estructuras de poder, gran parte de la población opta por adaptarse a ellas, encontrando en la indiferencia una forma de estabilidad emocional y social.

La presión social para ajustarse a las normas y evitar el conflicto personal lleva a muchos a aceptar las condiciones existentes sin cuestionarlas. Esta dinámica se ve reforzada por los medios de comunicación y las narrativas hegemónicas, que normalizan las desigualdades y desvían la atención hacia temas triviales o polémicas superficiales

La indiferencia no es, sin embargo, una condición estática. Las élites políticas y económicas son conscientes de su utilidad y, en muchos casos, la promueven activamente. La desinformación, la burocratización excesiva de los procesos democráticos y el descrédito de los movimientos sociales son estrategias diseñadas para desactivar el potencial transformador de la ciudadanía. Así, la apatía no es solo una consecuencia del sistema, sino también un objetivo deliberado para neutralizar la resistencia.

En última instancia, la indiferencia social refuerza las dinámicas de poder al desactivar el motor del cambio: la participación activa de la ciudadanía. Al permitir que el sistema funcione sin oposición significativa, los indiferentes se convierten, aunque sea de manera involuntaria, en cómplices de su perpetuación. Superar esta apatía requiere no solo un despertar colectivo, sino también la construcción de espacios de participación genuinos que devuelvan a las personas la sensación de que su acción importa y puede transformar la realidad.

9. Soluciones utópicas: ¿Hay salida al círculo vicioso?

El panorama actual, dominado por el control de masas, el reduccionismo ideológico y la mercantilización del conflicto político, parece condenar al individuo a una pasividad que perpetúa las estructuras de poder. Sin embargo, a lo largo de la historia, han surgido destellos de esperanza en forma de movimientos sociales, avances educativos y transformaciones culturales que han demostrado que el cambio, aunque difícil, no es imposible. Si bien el ser humano tiende al continuismo y encuentra seguridad en la obediencia a líderes establecidos, existen estrategias para romper el círculo vicioso y avanzar hacia un paradigma más justo y equilibrado.

La educación crítica se erige como una de las herramientas fundamentales para contrarrestar estas dinámicas. **Paulo Freire**, en *La pedagogía del oprimido* (1970),

defendió la necesidad de una educación que no solo informe, sino que también forme ciudadanos conscientes de su realidad y capaces de transformarla. En lugar de ser receptores pasivos de información, los individuos deben convertirse en agentes activos, capaces de cuestionar las narrativas impuestas y de analizar el mundo desde una perspectiva crítica. Este enfoque educativo no solo fomenta el pensamiento independiente, sino que también fortalece la capacidad colectiva para resistir las manipulaciones ideológicas.

Otra vía posible es la promoción de formas de organización política más horizontales y participativas. La democracia directa, impulsada por tecnologías digitales, ha demostrado tener un gran potencial para empoderar a los ciudadanos y reducir la intermediación de las élites tradicionales. Ejemplos como los presupuestos participativos o las plataformas de deliberación ciudadana muestran que es posible construir modelos de gobernanza donde la voz de las personas tenga un peso real en las decisiones colectivas. Sin embargo, estas herramientas deben implementarse con cuidado para evitar que se conviertan en instrumentos de manipulación o exclusión.

La democracia directa, impulsada por tecnologías digitales, ha demostrado tener un gran potencial para empoderar a los ciudadanos y reducir la intermediación de las élites tradicionales. Ejemplos como los presupuestos participativos o las plataformas de deliberación ciudadana muestran que es posible construir modelos de gobernanza donde la voz de las personas tenga un peso real en las decisiones colectivas

La participación ciudadana también puede beneficiarse de un cambio en la cultura mediática. En lugar de consumir información de manera pasiva, la sociedad debe fomentar una alfabetización mediática que permita identificar los sesgos, las agendas ocultas y las estrategias de manipulación presentes en los medios de comunicación. Este cambio requiere tanto un esfuerzo individual como una regulación más estricta sobre la transparencia y la responsabilidad de los actores mediáticos.

Por último, es esencial reconocer que los cambios sistémicos no surgen de manera espontánea ni inmediata. Como ha señalado **Hannah Arendt** (1951) en su análisis sobre las revoluciones, estas son excepciones históricas que requieren no solo condiciones materiales favorables, sino también un profundo deseo colectivo de transformación. Aunque la historia muestra que el ser humano tiende a preferir la estabilidad de lo conocido sobre la incertidumbre del cambio, también demuestra que en momentos críticos la voluntad colectiva puede superar la inercia y generar auténticas revoluciones sociales.

En definitiva, aunque las dinámicas actuales parecen inscribirse en un círculo vicioso difícil de romper, el futuro no está escrito. La solución no radica en utopías inalcanzables, sino en pequeños cambios acumulativos que puedan abrir grietas en las estructuras de poder. Si bien el camino hacia un nuevo paradigma es largo y está lleno de obstáculos, la historia nos enseña que el cambio, aunque improbable, nunca es imposible.



Ilustración 5. Asambleas ciudadanas del movimiento 11M en Madrid ([Wikiwand](https://www.wikiwand.com/es/articles/15M))
<https://www.wikiwand.com/es/articles/15M>

10. Referencias

Arabi, Hassan; Vázquez-Atochero, Alfonso (2021). *Democracias emergentes y democracias en recesión. Semióticas de la transformación política*. Dykinson.
<https://doi.org/10.2307/j.ctv1s7ch91>

Arendt, Hannah (1951). *Los orígenes del totalitarismo*. Editorial Crítica.

Chomsky, Noam (1988). *Manufacturing consent: The political economy of the mass media*. Pantheon Books.

Durkheim, Émile (2017). *El suicidio: Estudio de sociología*. Ediciones Akal (Original publicado en 1897).

Foucault, Michael (2003). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores (Original publicado en 1975).

Freire, Paulo (1970). *La pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.

Han, Byung-Chul (2010). *La sociedad del cansancio*. Editorial Herder.

Lakoff, George (2004). *No pienses en un elefante: El lenguaje y la política de la creación de realidad*. Editorial Caja Negra.

Le-Bon, Gustave (2010). *La psicología de las masas*. Ediciones Akal (Original publicado en 1895).

Mouffe, Chantall (2005). *La democracia entre el agonismo y el antagonismo*. Editorial Gedisa.

Seligman, Martin E. P. (1975). *Helplessness: On depression, development, and death*. W. H. Freeman.

Street, John (2012). *Politics and the media*. Palgrave Macmillan.

Vázquez-Atochero, Alfonso (2023). Estrategias comunicativas en la Nueva Política. De cómo la política desembarcó, tarde y mal, en la Sociedad de la Información. En: F. Gutiérrez-Atala & L. A. Muñoz-Joven (eds. científicos). *Ética y moralidad en los medios de comunicación: investigaciones y propuestas* (pp. 83-118). Editorial Universidad Santiago de Cali.

<https://doi.org/10.35985/9786287604520.3>

Vázquez-Atochero, Alfonso; Rabazo-Ortega, Rosa (2022). Cuando los sueños ciudadanos no caben en las urnas. *Campos en Ciencias Sociales*, 10(2).

<https://doi.org/10.15332/25006681.7941>